

LIBERACION O BARBARIE: DISYUNTIVA DE UNA  
AMERICA LATINA SUBYUGADA POR EL CAPITAL  
IMPERIAL

Agustín Cueva

En un ensayo intitulado América Latina en el umbral de los años 80 <sup>(1)</sup>, Enrique V. Iglesias, secretario ejecutivo de la CEPAL, esboza una interesante evaluación de los rasgos fundamentales del desarrollo económico y social de la región desde la postguerra para acá. Destaca cómo en este lapso el área latinoamericana tomada en su conjunto ha registrado un desarrollo relativamente importante de sus fuerzas productivas, pero al mismo tiempo no puede dejar de señalar que:

"Sin embargo, ese avance material, sustancial e indudable, no logró resolver algunos de los más graves y agudos problemas sociales de América Latina. La modernización y el progreso beneficiaron, evidentemente, sólo a ciertos estratos de la sociedad. Otros, y en especial las grandes mayorías, permanecieron apartadas de ese progreso o recibieron sus beneficios sólo marginalmente. Debido a este rasgo fundamental del estilo de desarrollo que tendió a prevalecer en la mayoría de las economías de la región, la población afectada por la pobreza crítica continuó siendo intolerablemente alta, la desocupación y, sobre todo, la subocupación no se redujeron en forma significativa; además, algunos otros indicadores sociales mejoraron lentamente o, incluso, mostraron síntomas de deterioro".

Iglesias puntualiza igualmente cómo este proceso estuvo acompañado de "una creciente internacionalización de las economías latinoamericanas que reforzó la vinculación de sus procesos de desarrollo con los movimientos de la economía mundial"; lo que en buen romance equivale a decir que durante este período se acentuó notoriamente nuestra situación de dependencia.

---

(1) Revista de la CEPAL, diciembre de 1979

En fin, Iglesias hace notar con respecto a lo que llama la "conmoción" de mediados de la década pasada, que las economías capitalistas latinoamericanas lograron capear el temporal de entonces recurriendo a un abundante financiamiento externo, pero con un elevado precio que nuestros pueblos tuvieron que pagar:

"Ya se señaló el costo que ello implicó en materia de endeudamiento; pero éste no fue ciertamente el único. En lo social ocurrieron retrocesos importantes derivados de las propias políticas de ajuste y también del ritmo inflacionario que retomó su curso acelerado en muchos países. Por ambas vías se generaron efectos regresivos sobre los sectores populares y también sobre la tasa de inversión".

Y es que, si planteamos el problema en sus justos términos, la verdad no es que el "abundante financiamiento externo" (inversiones directas, préstamos, etc.) vino a sacar de apuros a las economías latinoamericanas; sino que, por el contrario, fue el redoblamiento de la explotación a las masas trabajadoras de América Latina el que contribuyó a evitar que el capital imperialista se precipitara en una crisis más aguda aún. Habría pues que decir que fue el abundante financiamiento externo que el capital transnacional recibió de parte de nuestros pueblos el que sirvió de amortiguador en el proceso de caída de la tasa de ganancia a nivel mundial.

En efecto, si algo particulariza a la evolución de la economía latinoamericana hacia mediados de la década pasada, es precisamente la implantación, a sangre y fuego en múltiples casos, de lo que los economistas denominan un nuevo patrón de acumulación de capital (2). Este arranca, como es bien sabido, de un hecho político que nítidamente caracteriza a la coyuntura en cuestión: una oleada represiva que desarticula al movimiento popular, derroca a la mayor parte de gobiernos progresistas e instala en su lugar una serie de regímenes reaccionarios que expresan sin tapujos los intereses del capital monopólico transnacional (3). Consolidado momentáneamente

2. Patrón de acumulación que en el caso brasileño comienza a ser implantado a raíz del golpe de Estado de 1964, consolidándose en 1968, aproximadamente.
3. En 1976, por ejemplo, la inmensa mayoría de los países latinoamericanos estaban sojuzgados por férreas dictaduras proimperialistas, al mismo tiempo que se desarrollaban procesos de desestabilización en Jamaica, Trinidad y Tobago, Guyana e incluso México. Cf. al respecto nuestro artículo: "América Latina en el último quinquenio (1976-1980)", publicado en Araucaria de Chile, Madrid, No. 11, 1980.

su dominio, manu militari por regla general, ese capital no tarda en ajustar cuentas económicas con las masas trabajadoras: los salarios reales son drásticamente reducidos, en proporciones que pueden alcanzar hasta cifras cercanas al 40 por ciento, como en el caso de los países fascistizados del Cono Sur; los servicios sociales estatales son cercenados e incluso desmantelados en lo substancial, como en el Chile de Pinochet, por ejemplo; y en el agro se impone una política de contrarreforma, claramente anticampesina. Con esto, la principal premisa está sentada para la puesta en marcha de un nuevo patrón de acumulación. Es más: el "abaratamiento" despiadado de la fuerza de trabajo, por vías tanto directas como indirectas, es en sí mismo una expresión de ese nuevo patrón, cuyo secreto último consiste en convertir una parte significativa del fondo de consumo de los trabajadores en fondo de acumulación del capital.

A partir de allí se desencadena un violento proceso de concentración y centralización de capitales, en el curso del cual no se vacila en arremeter contra dos de los "obstáculos" que el sector monopolista encuentra en su camino. En primer lugar, contra buena parte de la franja de capitalismo nacional, que es llevada a la quiebra mediante la política económica denominada neoliberal; y en segundo lugar, contra el sector de capitalismo de Estado no monopólico, que en algunos países es "privatizado" sin contemplaciones (monopolizándolo por esa vía), o bien, en otros países, es redefinido en su funcionamiento de acuerdo con los intereses del capital transnacional.

Si con el abaratamiento draconiano de la fuerza de trabajo este capital ajusta cuentas con las masas trabajadoras, con el proceso de centralización ajusta cuentas con el sector no monopólico (y por lo tanto todavía nacional) de la burguesía latinoamericana. En lo que a las capas medias concierne, ellas tampoco dejan de sufrir los efectos de esta avasalladora política del gran capital: despidos en muchos casos masivos de empleados públicos, merma de los sueldos reales que son carcomidos por la inflación, "austeridad" generalizada.

La brusca reducción de los salarios reales crea una especie de "ventaja comparativa" a nivel internacional, que por sí sola constituye un "aliciente" para el flujo de capital imperialista hacia América Latina. Pero, a la altura de los años setenta, este capital encuentra además aquí otra serie de "atractivos": una infraestructura física (vial, portuaria, etc.) que mal o bien ha tenido un significativo desarrollo en los treinta últimos años;

materias primas y recursos energéticos abundantes<sup>(4)</sup> y por lo general baratos; un sector de la fuerza laboral relativamente calificado gracias a su anterior experiencia industrial<sup>(5)</sup>, y, finalmente, un mercado interno nada despreciable a pesar de todas sus limitaciones, dada la magnitud poblacional de América Latina.

Sobre esta base se explica la gran afluencia de capital extranjero que, además de continuar afincándose en buena parte del sector agrícola y minero, ha llegado a dominar prácticamente todo el sector industrial de punta de la economía regional, tanto con miras a copar nuestro mercado interior como en la perspectiva de implantar lo que ahora se denomina una "nueva división internacional del trabajo"<sup>(6)</sup>. Tendencia, esta última, que se expresa con sus modalidades más típicas en las áreas de "maquila" y en las llamadas "zonas francas", o en un caso como el de Puerto Rico, cuya condición colonial lo ha convertido en coto cerrado del capital monopólico estadounidense.

De todas formas el proceso de transnacionalización de la economía latinoamericana es un hecho indudable, y que no sólo ha tenido consecuencias negativas en el plano de la desnacionalización de la propiedad de los principales medios de producción, con la consiguiente pérdida de soberanía y de control sobre las grandes decisiones de política económica (fenómenos de por sí muy graves); mas también ha afectado a la configuración misma del aparato

- 
4. La generación de energía eléctrica, por ejemplo, se quintuplicó entre 1950 y 1970, duplicándose en la década siguiente; para no hablar de la producción petrolera.
  5. Enrique Iglesias, en el ensayo ya citado, afirma que "la fuerza de trabajo de la que dispone la región es radicalmente distinta de la que, por ejemplo, existía hace una generación", y califica el hecho de "transformación cualitativa".
  6. Concepto que alude al desplazamiento hacia determinadas áreas del Tercer Mundo de algunos procesos industriales que implican trabajo intensivo, consumo elevado de materias primas y/o energía, o que generan altos índices de contaminación. La producción obtenida a través de estos procesos está en su mayor parte destinada al consumo de los propios países imperialistas.

productivo, que obviamente no se ha desarrollado en función de las necesidades de nuestros pueblos, sino dentro de la lógica de acumulación y valorización del capital en escala mundial.

Por demás está insistir en el alto grado de deformación estructural que implica la parte de la industrialización estrictamente derivada de la nueva división internacional del trabajo: en el caso de las "zonas francas", por ejemplo, se trata de la creación de verdaderos enclaves, claramente desvinculados del resto del aparato productivo nacional. Pero lo que más importa destacar es que, aun en los casos en que la presente fase de desarrollo industrial obedece a realidades más complejas, la transnacionalización le impone determinadas características que la diferencian nítidamente de las fases precedentes.

En primer lugar, el proceso de industrialización pasa a gravitar en torno de la producción de bienes de consumo duradero, cuyos elevados precios unitarios restringen por sí solos las posibilidades de expandir "horizontalmente" el mercado; esto es, de ampliarlo por la vía de la incorporación de las masas populares al consumo de tales bienes. Al no poder expandir substancialmente el mercado en esta dirección, el "buen" funcionamiento del aparato industrial transnacionalizado requiere, además de la salida de una parte de su producción hacia mercados exteriores, de una ampliación "vertical" del mercado interno latinoamericano, cosa que solamente puede lograrse reconcentrando el ingreso nacional de forma tal que se eleve significativamente el poder de compra de un círculo privilegiado de consumidores. Así, la redistribución regresiva del ingreso, con la consiguiente pauperización de las clases trabajadoras, que en principio había actuado como palanca de la acumulación en general y como "ventaja comparativa" destinada a atraer al capital foráneo, en un siguiente momento se convierte además en una condición necesaria para la realización del valor, dada la configuración del aparato industrial transnacionalizado.

En segundo lugar, esta misma configuración supone una relativamente elevada composición orgánica del capital; es decir, un empleo relativamente bajo de mano de obra por cada unidad de capital invertida, con la consecuente incidencia sobre los niveles de empleo. Las altas tasas de desocupación que actualmente se registran en América Latina no son pues ajenas al proceso de monopolización de nuestras economías.

En tercer lugar, aquella composición orgánica relativamente elevada con que se implanta la industria transnacional en un contexto de depauperación de las masas trabajadoras, implica un sistema de remuneración a los "factores de la producción" bastante particular: elevada remuneración del "factor capital", que no por casualidad es transnacional, bajísima remuneración del "factor trabajo", que no por azar es el nacional. Mecanismo por demás evidente de obtención de superganancias, que por lo demás no deja de acelerar la espiral inflacionaria de nuestros países: no en vano ahora se habla, aun en los círculos más conservadores, del problema de la "inflación importada"<sup>(7)</sup>.

En cuarto lugar, el proceso de transnacionalización al que venimos refiriéndonos no concierne únicamente a la producción manufacturera, sino que también se extiende a sectores agrarios bastante amplios, sea a través de la creación de los famosos complejos agroindustriales pertenecientes al capital monopólico, sea mediante el control que éste ejerce de hecho sobre muchos sectores formalmente independientes. En uno como en otro caso (y además de los efectos negativos directos que ello supone para el campesinado al que se priva del acceso a la tierra) el principal resultado consiste en una acentuación de la "especialización" de nuestra producción agraria en función de los requerimientos del mercado capitalista mundial, con el consiguiente menoscabo de la producción para consumo doméstico, al menos en lo que al abastecimiento de los sectores populares atañe. En este campo también el mercado interior tiende a estratificarse sensiblemente, aunque sólo fuese por la elevación de los precios de los bienes agrícolas producidos y/o procesados bajo control transnacional que se consumen internamente. En la mayor parte de los casos, aquella marcada "especialización" se traduce además por una onerosa paradoja: la de que países en principio agrícolas como los nuestros tengan que convertirse en grandes importadores de ciertos alimentos básicos, con todas las consecuencias económicas de ello (drenaje de divisas, transmisión de mayor inflación, etc.).

Hemos visto hasta ahora cómo el capital transnacional, al apoderarse del aparato productivo latinoamericano le impone una configuración y una lógica de funcionamiento que están lejos de

---

7. En el momento actual la tasa promedio de inflación de América Latina es por lo menos cinco veces más elevada que la que en promedio se registra en los países capitalistas imperialistas.

responder a las necesidades de las grandes mayorías populares. Empero, ello no significa que las excluya totalmente de su mira en tanto que consumidoras. Como ni la exportación de bienes manufacturados hacia el exterior de América Latina ni la ampliación "vertical" del mercado interior bastan para asegurar la máxima expansión del capital transnacional, éste busca abrirse campo también "horizontalmente" mediante una deformación de las pautas de consumo de nuestras pauperizadas masas trabajadoras. Así, al mismo tiempo en que las condiciones de vivienda, salud, higiene, alimentación y educación de esas masas se deteriora ostensiblemente, los medios de comunicación, transnacionalizados también, las incitan a incorporarse al mercado "moderno" como consumidoras de bienes superfluos (desde cualquier fruslería de plástico hasta revistas y cine pornográfico), pero que no por serlo dejan de producir copiosas ganancias a los capitalistas que los fabrican.

Constatación que a su turno nos coloca frente a otro problema de gran relevancia, cual es el de los efectos del proceso de transnacionalización de nuestras economías en el terreno ideológico-cultural. Con mucha razón se dice que los medios masivos de comunicación no cesan de difundir una ideología "consumista", tan ajena a nuestra idiosincrasia como a las necesidades básicas de la inmensa mayoría de la población latinoamericana; pero lo que a veces no se recalca suficientemente es que esa ideología no flota en el vacío, ni es gratuita, sino que constituye un elemento fundamental del proceso de reproducción del capital transnacional. Una vez que éste produce determinado tipo de bienes, forzosamente tiene que "abrir" un mercado para ellos, por más que en el curso de tal proceso deteriore, en lugar de mejorar, el nivel de vida de la población trabajadora, incluyendo su cultura.

Una modalidad de desarrollo capitalista como la analizada implica, en suma, una serie de reajustes drásticos de la sociedad latinoamericana en todos los órdenes, que van desde la redefinición de la relación entre el capital y el trabajo asalariado (en detrimento de este último), hasta un reordenamiento del bloque de poder, en donde los representantes del capital monopólico adquieren la supremacía absoluta; pasando por una reestructuración del aparato productivo en el sentido ya señalado, y sin dejar de lado la esfera ideológico-cultural. Así, el capital transnacional crea las condiciones propicias para su implantación y reproducción; condiciones que tienden a ser tanto más severas cuanto más se acentúa la crisis del sistema en su conjunto. Con ello, obviamente no se atenúan las contradicciones preexistentes, sino que más bien se agudizan y generan otras, propias de la nueva fase de acumulación.

Ahora bien, en la medida en que tal cosa ocurre, esta modalidad de desarrollo capitalista demanda, ya no sólo como prerrequisito de su instauración sino también como condición de su mantenimiento, la presencia de instancias políticas altamente represivas, que en el extremo se traducen por fórmulas netamente terroristas de dominación. Se trata en este caso de un terror cada vez más tecnificado, sistemático y coordinado, que con esos mismos rasgos expresa el grado de transnacionalización de que últimamente ha sido objeto el aparato represivo regional.

La lógica del nuevo patrón de acumulación conduce pues, implacablemente, hacia nuevas y siempre más drásticas modalidades de dominación; las cuales, al mismo tiempo que parecieran ser las únicas capaces de garantizar la reproducción ampliada del sistema, constituyen también, con su inevitable efecto dialéctico, un factor más de exasperación de las contradicciones generadas por la matriz económico-social. De hecho, la negación radical de la democracia que es la principal expresión política de la guerra declarada por el capital monopólico a los pueblos latinoamericanos, impide al propio sistema desarrollar instancias sólidas de "mediación" ideológica; tiende a colocar en primer plano la dimensión estrictamente política de la lucha de clases y a exasperar hasta tal punto las tensiones históricamente acumuladas, que en determinado momento convierten a América Latina en una especie de explosiva caldera, sobre todo en sus zonas más sensibles.

La administración Carter intuyó sin duda esta situación y a su manera intentó descongestionarla, proveyéndola de una válvula de escape. Aludimos al momento en que se pregonó una política de "defensa de los derechos humanos" y trató de impulsar fórmulas de recambio gubernamental que, sin alterar el patrón de acumulación vigente ni la estructura de poder que él implica, confiriera a América Latina una apariencia democrática. Proyecto ilusorio desde luego, en la medida en que no es posible modificar a voluntad las formas que asume la dominación, sin modificar simultáneamente las raíces estructurales que las engendran; cosa que, por demás está decirlo, jamás se propuso ni podía proponérselo ningún gobierno estadounidense.

Por eso, al mismo tiempo en que el proyecto de establecer una "democracia viable" mostraba justamente su inviabilidad, las contradicciones acumuladas por el sistema encontraban sus propios niveles y cauces de expresión. Al amparo de las brechas y posibilidades abiertas por la misma crisis del capitalismo, algunos

regímenes latinoamericanos fueron desarrollando tendencias autonomistas que en el orden económico apuntaban a redefinir las condiciones de dependencia y en el plano político marcaban sus distancias tanto con respecto a las expresiones desembozadamente terroristas del gran capital, como en relación con la política "panamericanista" a través de la cual el imperialismo articulaba su dominación. De este modo, la hegemonía omnímoda de los Estados Unidos en el área sufría un significativo resquebrajamiento, que no dejaba de crear nuevos márgenes de acción para las fuerzas populares. Por su parte, y esto es lo más importante, estas fuerzas recobraban impulso, sobre todo a partir de 1978, inaugurando de hecho una nueva coyuntura política en América Latina. Las perspectivas de liberación volvían así a ponerse al orden del día y el sistema entraba en una etapa de profunda crisis orgánica, que no por azar se manifestaría con su mayor nitidez en el eslabón relativamente más débil, conformado por Centroamérica y el Caribe; es decir, por aquella zona que históricamente ha sufrido de manera más directa y brutal los efectos de la dominación imperialista.

Los triunfos de los pueblos de Granada y sobre todo de Nicaragua, así como el ascenso de las luchas democráticas en otros puntos de la región y la presencia inquebrantable de Cuba socialista, no tardaron en constituir una verdadera prueba de fuego para la supuesta política "democratizante" de Carter, que desde mediados de 1979 experimentó un claro viraje al iniciar lo que algunos analistas denominaron la "segunda guerra fría", con claras actitudes belicistas dirigidas hacia el área de Centroamérica y el Caribe. El posterior triunfo de Ronald Reagan no hizo más que acentuar esta política agresiva del imperialismo, que desde ese momento pasó a definir a los movimientos de liberación como "agentes del terrorismo internacional" y a ubicar todos los elementos del conflicto latinoamericano como parte de la denominada confrontación "este-oeste". Visión ciertamente simplista y hasta maniquea de la situación, pero que en el fondo intenta servir de cobertura ideológica a un proyecto de restauración de la deteriorada hegemonía estadounidense a nivel mundial y, con un énfasis mayor aún, a nivel latinoamericano. Dentro de este proyecto se inscriben naturalmente el actual hostigamiento a los pueblos y gobiernos revolucionarios de Cuba, Nicaragua y Granada; el decidido apoyo a la junta militar-democrátacristiana de El Salvador o a un gobierno no menos tiránico como el de Guatemala y en general a todos los regímenes represivos del Continente; así como la política de amenazas, presiones e incluso acciones de desestabilización contra los gobiernos que intentan mantener posiciones autónomas con respecto al imperialismo.

Por demás está decir que este demencial proyecto de dominación, que no ha dejado de despertar inquietud hasta en los círculos gobernantes de algunos países capitalistas desarrollados, coloca, hoy más que nunca, al mundo entero ante el peligro de una confrontación de perspectivas catastróficas, a la par que constituye para los pueblos latinoamericanos uno de los mayores retos de su historia.

Y es que la lógica de la profundización de la explotación y la dominación que rige el movimiento del capital monopólico, con todos los rigores que ello implica para las naciones por él sojuzgadas, se ha desarrollado hasta el punto de configurar en América Latina una situación en la que la supuesta "civilización" se convierte cada día más en barbarie llana y simple, a la vez que la supuesta "barbarie" de estos pueblos explotados va trocándose en movimiento liberador que precursoramente anuncia el florecimiento de una nueva y auténtica civilización.

El tránsito de una etapa a otra no será sin embargo fácil ni estará exento de agudos enfrentamientos, en la medida en que el imperialismo sigue siendo todavía un enemigo poderoso y que tiende a tornarse tanto más agresivo cuanto más presente su entrada en una zona crepuscular definitiva, en el momento mismo en que para nosotros el amanecer empieza ya a dejar de ser una tentación.

-----